

«¿Ruido de moda o voz de una generación?»

Por María Karla Varela Azniella
Fotos: Tomadas de Internet

En Cuba, la música rara vez permanece invariable: cambia, mezcla influencias y encuentra nuevas formas de hablarle a quien la escucha. El afamado reparto constituye precisamente uno de esos cambios. Más que un sonido para bailar, ha llegado a ser todo un fenómeno social a nivel nacional e internacional.

Su presencia se ha multiplicado en redes sociales, videos cortos, fiestas y la propia cotidianidad. Las letras que lo acompañan se han vuelto estribillo colectivo, y no paran de aparecer nuevas canciones que luego se reproducen en todas partes y a toda hora.

Para muchos, escucharlo significa bailar, compartir códigos y pertenecer a un determinado grupo. En cambio, para otros, su constante presencia no hace más que despertar dudas sobre la vulgaridad, el machismo y la calidad artística. Pero, ¿nos hemos parado a pensar en el porqué de su éxito popular en tan corto período de tiempo o solo hemos juzgado sin saber?

CUANDO EL BARRIO LLEGÓ AL OÍDO

El reparto comparte con otras expresiones contemporáneas la mezcla de ritmos, códigos callejeros y recursos digitales. Su crecimiento no puede explicarse únicamente por la melodía.

En la actualidad, existe una transformación mundial en el consumo musical, pues las audiencias descubren canciones mediante plataformas digitales como Spotify y Apple Music. Igualmente, las recomendaciones, gracias al flujo masivo de las redes sociales, se reproducen con mayor rapidez. Ya no es necesario esperar por un vinilo o un disco para escuchar al cantante del momento.

Esa lógica se mezcla entonces con una tradición musical donde cada generación ha transformado lo recibido y ha creado, a partir de lo antiguo, nuevas formas de expresión y reconocimiento. El son, la rum-

Como expresión artística y cultural, la música ha ido evolucionando con el transcurso de los años. En la actualidad, el denominado reparto ha devenido uno de los géneros más polémicos y consumidos, especialmente por las nuevas generaciones.



El reparto se caracteriza por la fusión de ritmos afro y elementos de la rumba, donde destaca la clave como componente principal.

Estadísticas confirman que el 80 % de los jóvenes escucha música todos los días, al menos durante 30 minutos.



pectiva por saberse al pie de la letra los últimos éxitos del conocido Payaso por Ley, algo que hace se sientan mal y fuera de lugar.

Esta situación no es única, sino más bien repetitiva en todo el país. Son muchos los que todavía no asumen que escuchar reparto no convierte automáticamente a nadie en una persona bruta o delincuente, del mismo modo que disfrutar de estilos clásicos no garantiza de por sí una formación más amplia.

La cultura no funciona como una lista de géneros que otorgan puntos o alguna especie de reconocimiento, porque en realidad se construye mediante conocimientos, experiencias, capacidad crítica y disposición para comprender expresiones diferentes.

Los jóvenes pueden disfrutar del *Suavínol con Kola* y, al mismo tiempo, interesarse por la trova, el jazz, el rock, la literatura o las artes visuales; el verdadero problema aparece cuando el gusto se transforma en consumo sin reflexión.

Una letra repetida miles de veces no se vuelve automáticamente valiosa, pero tampoco pierde mérito por pertenecer a un género popular determinado. Lo importante es aprender a escuchar: identificar qué propone una canción, qué emociones provoca, qué recursos utiliza y qué mensajes transmite.

Como argumenta la psicóloga Meibis Martínez Moya, la música deviene un instrumento de peso en la formación de valores, creencias y comportamientos, y los jóvenes, en medio de un proceso de construcción de su identidad, deben poder separar lo sexista, vulgar y violento de algunos temas del consumo en sí, y saber que esas conductas no pueden aplicarse en la vida real.

Esa capacidad de separar gusto y juicio crítico forma parte de una educación cultural saludable. El reto está en ampliar el repertorio, no en imponerlo. Las instituciones culturales, los medios, las escuelas y las propias familias pueden contribuir a que los adolescentes conozcan más opciones musicales; no obstante, conocer otros estilos no debería significar avergonzarse de los que forman parte de la vida cotidiana.

Cuba posee una herencia musical extraordinariamente diversa, reconocida incluso internacionalmente. El reparto también puede apreciarse desde esa perspectiva: como una expresión de un momento histórico que merece ser estudiada, discutida y documentada.

No todo lo nuevo es mejor por ser nuevo ni tampoco todo lo anterior es superior por ser anterior. Entre la defensa automática y el rechazo absoluto existe una tercera vía: escuchar, conocer, comparar y pensar. Quizá entonces la pregunta correcta no sea si el reparto nos hace o no menos cultos, sino si estamos dispuestos a ampliar nuestro oído sin renunciar a nuestro criterio.

tipicar: bailar, repetir una frase, crear un reel con un estribillo viral o convertir una canción en referencia común; pero, popularidad y calidad artística no son sinónimos.

Una canción puede ser extremadamente escuchada y, al mismo tiempo, recibir cuestionamientos por su composición, interpretación o contenido, y precisamente ahí es donde aparece una de las principales tensiones del reparto. El mercado premia aquello que consigue vistas, mientras la crítica cultural pregunta qué valores, ideas y comportamientos circulan junto con esa atención.

En 2024 un artículo del periódico

Granma señaló al respecto que existe una desigual relación entre calidad, difusión y recepción dentro del panorama musical cubano, y en ese escenario, vale destacar que el género compite con propuestas que no siempre cuentan con la misma visibilidad; sin embargo, en lugar de discutir, sería conveniente realizar estudios de mercado y marketing para lograr resultados favorecedores en todas las aristas.

Como ocurre con cualquier movimiento musical, el reparto no es una pieza única: contiene diferencias de estilos, intérpretes, letras y públicos. Escucharlo críticamente permite reconocer tanto su capacidad de convocatoria como sus límites. Aun así, seguimos teniendo prejuicios y continuamos juzgando a quienes deciden escuchar a artistas como El Kimiko y Yordy o el Bebeshito.

¿MENOS CULTOS O MÁS AUTÉNTICOS?

La pregunta parece provocadora, pero es real y revela un prejuicio frecuente en nuestra sociedad, sobre todo, en las generaciones más antiguas: asociar determinados gustos musicales con un nivel mayor o menor de cultura.

Leandro y Leonardo Marín, dos jóvenes hermanos santacloreños de 18 y 20 años, respectivamente, admiten que sus vecinos los llaman «malas cabezas» de forma des-

Wampi, Mawell, Bebeshito y Kevin-cito el 13 destacan entre los principales exponentes del género.



ba y otros ritmos cubanos muestran que la identidad musical nunca ha permanecido inmóvil, y que la música popular cubana siempre ha dialogado con su tiempo. Por eso, reducir el reparto a una simple moda puede ocultar las razones de su éxito.

El sociólogo santacloreño Ernesto Delgado afirma, además, que el género responde a dos necesidades juveniles muy concretas: en primer lugar, encontrar sonidos cercanos al lenguaje cotidiano y espacios donde compartirlos, y en segundo, ofrecer una vía para construir identidad entre amigos, barrios y comunidades digitales.

Básicamente, la fuerza del reparto está, en buena medida, en la posibilidad de par-

Famosos como el futbolista Alejandro Grimaldo y el cantante Maluma se han declarado públicamente fanáticos del reparto.

